

PSICOANÁLISIS Y DIFERENCIA SEXUAL

*Neus Carbonell y Marta Segarra
Centre Dona i literatura (Universitat de Barcelona)*

El psicoanálisis se ha ocupado de la diferencia sexual rindiéndola condición fundamental de la subjetividad humana. Desde su fundador, Sigmund Freud, se ha intentado dar cuenta de los procesos por los cuales el sujeto se constituye como tal a partir de un cuerpo atravesado por el lenguaje y por el goce. Para Freud la diferencia sexual se organiza entorno al binomio falo-castración. El niño parte de un universal, que en el texto de 1923 “La organización genital infantil” denominó “la primacía del falo”, es decir, “todos tienen pene”; se trata entonces de describir los procesos por los cuales el niño percibe que no es cierta su suposición, ya que hay “quienes no tienen”. La observación clínica de Freud le llevó a afirmar que el niño niega durante bastante tiempo la castración del otro, en particular la de la madre, por lo que imagina diversas razones por las cuales el pene se perdió o se intercambió por el hijo. Freud, sin embargo, dos años más tarde, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica” empieza a reformular sus ideas sobre la construcción de la diferencia sexual en la infancia. Se da cuenta, claramente, de que sus teorías servían para explicar el desarrollo de los niños pero no el de las niñas. Con la honestidad intelectual que caracteriza sus escritos, afirma en el texto citado:

Cuando hemos indagado las primeras plasmaciones psíquicas de la vida sexual en el niño, en general tomamos al varoncito. Suponíamos que en el caso de la niña todo sería semejante aunque diverso de alguna manera. No quería aclarársenos el lugar del proceso de desarrollo en que se hallaría esta diversidad. (p. 268)

A partir de ese momento empieza su indagación sobre la construcción de la diferencia sexual y sus diferencias, valga la redundancia, en los sexos. Lejos de lo que a veces se ha transmitido de Freud, éste no une irremediamente la castración a la mujer, sino que hace de la castración un proceso que es asimismo condición ineludible de la subjetividad. La castración es una “deducción” del sujeto ante la cual éste se posiciona, de manera que la diferencia sexual no puede ser negada, de ahí su disputa con el feminismo de la época, pero tampoco identificada sin fisuras con la diferencia anatómica. Para Freud, la diferencia sexual es el resultado de la “interpretación” por parte del sujeto de la diferencia sexual anatómica, el resultado, para usar la expresión de Jacques Lacan, de “una elección obligada”. De ahí que, en este mismo artículo escriba:

En tales juicios no nos dejaremos extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos; pero sí concederemos de buen grado que la mayoría de los varones se quedan muy a la zaga del ideal masculino, y que todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición {constitucional} bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto. (p. 276)

Efectivamente: “construcciones teóricas de contenido incierto”, preciosa expresión para intentar dar cuenta de algo de lo que constituye la diferencia entre los sexos para *cada sujeto*. Porque, desde luego, para el psicoanálisis la sexualidad es inconsciente y, como tal, particular de cada sujeto. Bien lejos queda esto de las teorías sexológicas y sociológicas que predicán comportamientos y diferencias del orden de lo universal.

Freud, sin embargo, se quedó con interrogantes sin poder descifrar, en concreto los que hacían referencia a la feminidad, en tanto que lugar de lo no fálico, algo de lo que no supo dar cuenta en sus “salidas” para la feminidad: la frigidez, la homosexualidad y la maternidad; todas ellas salidas que pasaban por una relación de la mujer con el falo. En este sentido, es particularmente extraordinario el párrafo con que concluye su célebre conferencia de 1931:

Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada. (p. 125)

El psicoanálisis, por diferentes vías, ha continuado su indagación sobre la diferencia sexual y continúa haciéndolo. Son prueba de ello las publicaciones que se suceden. Pero clave para el problema de la diferencia sexual ha sido la enseñanza de Jacques Lacan. El psicoanalista francés partió de los interrogantes sobre la feminidad que la teoría freudiana dejaba sin resolver, a saber, la cuestión de la diferencia y de la alteridad. En el seminario XX, *Encore [Aún]*, Lacan elabora la feminidad como un lugar no fálico, como el lugar del “goce Otro”. Un goce que hace que la mujer sea “no-toda”, bien porque calla ese goce, porque no lo conoce o porque la ausenta de sí misma. Con ello Lacan expresa que no hay un significante que represente el goce femenino en su totalidad, de modo que siempre algo queda fuera de la representación simbólica. Mientras que sí existe un significante del goce masculino, el falo, que, por lo tanto, puede ser universalizable. Por ello, la mujer es “no-toda”, que no quiere decir incompleta, a la mujer en lo real no le falta nada, aunque en el imaginario social venga a ocupar el lugar de la falta.

Freud había dicho que sólo hay una libido, era su manera de afirmar que el inconsciente no conoce la diferencia sexual. Lacan reescribe esta afirmación con su conocido aforismo “no hay relación sexual”; la diferencia sexual no puede escribirse en lo real, no hay complementariedad entre los sexos, es decir, no hay manera de escribir la diferencia sexual que no sea con los significantes. Por eso, “los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes” (p. 44). ¿Qué es, entonces, el goce Otro? ¿Por qué la otredad en Lacan es aquello que no existe?: “si hubiese otro goce que el fálico, haría falta que no fuese ese” (p. 74). El goce Otro no es el otro del goce fálico, porque si lo fuera sería Uno, otro Uno. Para ser Otro hace falta que no sea. Es decir, ningún significante puede representar al Otro, porque si así fuera el Otro sería sustituible en la cadena infinita de los significantes. En realidad, hoy asistimos a una sustitución metonímica de objetos y sujetos que son llamados a encarnar ese lugar del Otro que no existe; las consecuencias de ello son las crecientes formas de segregación violenta, ya se trate de violencia racial o de la llamada violencia de género. Y es que la afirmación de que el Otro no existe no supone que no funcione.

La clínica psicoanalítica enseña que la sexualidad, en tanto que experiencia de goce, divide al sujeto, lo enfrenta a lo más íntimo, que es lo más ajeno, de sí mismo. Para designar esta aparente paradoja, Jacques-Alain Miller recurre al término “extimidad” que aparece dos o tres veces en el *Seminario* de Lacan, pero que Miller explica: “Extimidad no es lo contrario de intimidad. La extimidad dice que lo íntimo es Otro, como un cuerpo extranjero, un parásito” (p. 17). Así, el propio goce es lo más íntimo para el sujeto. Hace falta un recorrido analítico para que el sujeto pueda llegar a conocer el nombre de su goce: aquello más particular que ha quedado inscrito, como una letra, en su inconsciente, que lo divide y que constituye su ser, del que nada sabe. Por eso la diferencia sexual en el psicoanálisis, al menos en la orientación lacaniana, es la diferencia que aparece *entre* los significantes y que, por tanto, los hace posibles, como la página en blanco, ante la cual cada sujeto debe inscribir, escribir, su nombre propio.

El discurso literario, en tanto que “fiesta del significante” es, pues, uno de los espacios más propicios para poder hacer aparecer algo de la inscripción del goce, un espacio donde el sujeto puede experimentar la alteridad y dejarse atravesar por los “otros que están en mí”, en palabras de Hélène Cixous. Los artículos incluidos en el dossier que presentamos exploran, pues, desde el psicoanálisis o desde posiciones críticas próximas a él, la obra literaria de varios autores y autoras. El primero, de Enric Berenguer, parte de la descripción de una situación que caracteriza a nuestra época: la deconstrucción de los “significantes amos”, y especialmente los que afectan al sexo y al género, que, paradójicamente, ha conllevado la multiplicación de los discursos identitarios, algunos de los cuales han buscado en la investigación genética una fuente de certidumbre. El autor señala, pues, el peligro que entrañan los nuevos ghettos basados, por ejemplo, en la orientación sexual, ya que pueden incluso “promocionar razas de goce como estilos de vida”, en una nueva “ficción naturalista”. En cambio, tanto la teoría psicoanalítica como la práctica clínica muestran más bien la inexistencia de una identidad sexual primigenia y fija. El sujeto adopta progresivamente una posición femenina o masculina, lo cual Lacan describe mediante su “tabla de la sexuación”. Igualmente, la comedia de Shakespeare *Much ado about nothing*, a diferencia de estos nuevos discursos identitarios, pone en escena de modo genial la “gran mascarada de la relación entre los sexos”.

Por su parte, el artículo de Miquel Bassols se fija en el cuento “La página en blanco” (cuya traducción al catalán hecha por Neus Carbonell se incluye en la sección *Creació*) para hablar de la feminidad y del goce femenino. Este relato de Isak Dinesen alude a la feminidad como lugar del Otro, donde funciona una lógica *otra* que no es la lógica fálica, y donde las oposiciones binarias tradicionales (blanco/negro, virgen/no virgen, masculino/femenino...) resultan deconstruidas. La feminidad se relaciona también con el silencio (un silencio lleno, no vacío) y con la “letra” –lo cual otros críticos han resumido con la paradójica expresión “la escritura es siempre femenina”. En definitiva, el lugar de la feminidad no puede erigirse en universal, sino que siempre se situará en la particularidad, en la diferencia, en la alteridad irreductible.

Marie-France Borot recuerda, al principio de su contribución, que la teoría psicoanalítica sobre la diferencia sexual no se funda en un órgano genital que el hombre poseería y la mujer envidiaría, según la vulgarización del pensamiento freudiano y su famosa “envidia del pene”, sino en un objeto imaginario, el falo, que por lo tanto no poseen ni uno ni otra. Frente a este significante, se produce la “sexuación” o posicionamiento, sea femenino, sea masculino, del sujeto. El texto de Blaise Cendrars *Bourlinguer* resulta una ilustración perfecta de este proceso, que empieza con una época de plenitud andrógina, correspondiente a la primera infancia del protagonista, hasta el descubrimiento de la diferencia entre los sexos, que se produce por el deseo de “ver”. A partir de este momento,

el narrador pone a prueba su virilidad mediante la competición con otros niños varones, pero no llega a aceptar la pérdida, la ausencia (*le manque*) de la plenitud.

Siguen a éste dos artículos que versan sobre la obra de una escritora cuya teoría y práctica literaria de la diferencia sexual se sitúan entre las más originales y fecundas de nuestra época: Hélène Cixous. El de Mara Negrón glosa la definición aporética que Cixous da de la “Mujer”, a la que identifica con la “capacidad de acoger al/a lo Otro”. En este sentido, el texto “Sorties”, así como su precedente “Le rire de la Méduse”, impulsaron la teoría literaria a pensar la relación entre escritura y cuerpo, pero prescindiendo de las categorías biológicas que distinguen al hombre y a la mujer. En otros textos más recientes como “Contes de la différence sexuelle”, Cixous habla del “escribir fluido” de Clarice Lispector, cuyo proyecto es la exploración de lo invisible, de la interioridad -lo “éxtimo”- mediante la escritura poética. El acto aparentemente irrealizable que expresa el título del artículo, “fotografiar el perfume”, resume la empresa imposible y a la vez realizada de la escritura de la propia Hélène Cixous. En otras palabras, las de la autora, “que la diferencia no sea definitivamente captable no quiere decir que no exista”.

Por su parte, Mireille Calle-Gruber analiza dos textos de Cixous donde ésta reescribe explícitamente el discurso freudiano, la obra de teatro *Portrait de Dora* y la ficción *Le troisième corps*, que revisita la *Gradiva* de Jensen, a su vez leída por Freud. La primera, sobre el famoso “caso Dora” tratado por el padre del psicoanálisis, da la palabra a la joven paciente, otorgándole una lengua: la del “poder poético”. En la segunda, Cixous efectúa una operación que la autora del artículo llama acertadamente el “leer-escribir”; más allá de la intertextualidad, en efecto, *Le troisième corps* reescribe los textos originales en una aproximación al Otro, a sus sueños, sus lecturas, que es a su vez una escritura del yo. Así, Cixous inventa un “género” nuevo, una autobiografía que se acerca a la fábula, al mito, a la leyenda y que avanza por el juego de los significantes, sin pretexto argumental.

El último artículo, de Elena Bonelli, se aleja de la escritura literaria para analizar, a través de la semiótica, la estética y el *gender criticism*, las representaciones de la feminidad sacralizada en la Iglesia de Santa Maria della Vittoria (Roma), que acoge, entre otras, la estatua de Santa Teresa realizada por Bernini, que Lacan escogió para ilustrar su concepto de goce femenino o *jouissance*. Según la autora, Lacan sitúa la feminidad en el lado del silencio, pero no un silencio pleno como el que postula “La página en blanco” según Miquel Bassols, sino una ausencia, o mejor, una imposibilidad de palabras, reduciéndola a lo inefable e irracional.

En este dossier, pues, hemos querido reunir tanto a psicoanalistas como a especialistas de literatura y de semiótica para recoger puntos de vista distintos, a veces opuestos, otras complementarios, sobre la cuestión de la diferencia sexual que se inscribe en los significantes y, por lo tanto, de forma privilegiada, en la escritura literaria. *Lectora*, como “revista de mujeres y textualidad”, no puede ser un marco más adecuado para este debate. Y, finalmente, como editoras del dossier, agradecemos a todas las personas que han colaborado en él su generosidad y disponibilidad; asimismo, deseamos resaltar la contribución de Josep Maria Armengol a la maquetación de los artículos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FREUD, Sigmund (1923), “La organización genital infantil”, en *Obras Completas XIX*, Trad. José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

--- (1925), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, en *Obras Completas XIX*, Trad. José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

--- (1931), "La feminidad", en *Obras Completas XXII*, Trad. José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

LACAN, Jacques (1998), *Seminario XX. Aún*, texto establecido por Jacques-Alain Miller, trad. Diana Rabinovich, Delmont-Mauri y Julieta Sucre, Barcelona, Paidós.

MILLER, Jacques-Alain (1987), "Extimidad", in *El Analicón. Fundamentos del psicoanálisis*, Barcelona, Silicet II, pp. 13-27.